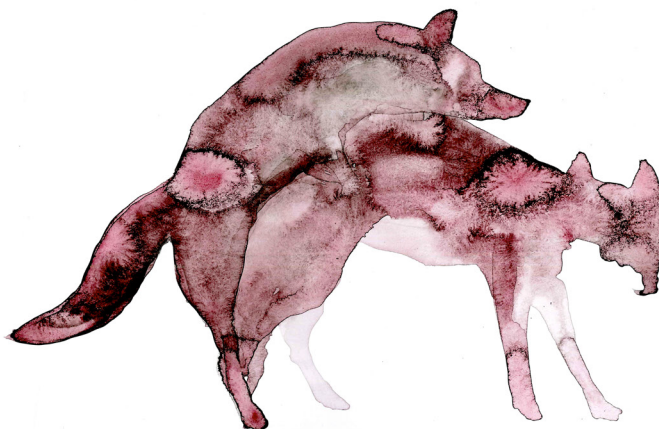


Un puñado de arena

Ana Catalina Córdoba Arango



Patricia Bernal Cortés. Tinta sumi sobre papel. 35 x 35 cms.

Diego abrió los ojos, extendió el brazo para coger el celular de la mesa de noche, miró la hora y justo debajo leyó el nombre “Jaime Supervisor”. Habría sabido, incluso sin el teléfono, que no eran más de las cinco de la mañana; solo se veía negrura por la rendija entre la ventana y la persiana. También habría sabido que nadie más que el supervisor nocturno, encargado del seguimiento de las tractomulas que transportaban mercancía entre los municipios, lo llamaría a esa hora. Fue al baño a echarse agua en el rostro antes de contestar.

—Jefe, qué pena molestarlo a esta hora, pero es que tenemos un problemita.

—¿Un problemita? A ver, Jaime, no me despertó por un “problemita”.

—Jefe, sí, es que... ¿se acuerda de la mula que iba a cubrir Medellín-Bogotá?

—Mmmm.

—Se prendió.

—¿Cómo que se prendió?

—Sí, se prendió, se incendió..., se está incendiando.

No me jodan. Cualquier rastro de somnolencia que no hubiera borrado ya el agua, se lo quitó el tedio de tener que resolver chicharrones a esa hora.

—¿Qué pasó?

—¿Se acuerda de la llanta que no estaba girando bien?

Inmediatamente se vio a sí mismo, hacía unas horas, dando el visto bueno para que la mula saliera. Según había dicho el conductor, él mismo podía hacer un ajuste temporal y cuando llegara a Bogotá se iba para al taller. No era nada grave, podía esperar. Ya estaba cargada, si se ponían a repararla se retrasaría la operación, habría que descargar, esperar que otro vehículo estuviera disponible, volver a montar las cosas. Incumplir la promesa de servicio, quedar mal con los clientes.

—Cuando iba llegando al Alto de la Virgen esa llanta se prendió —continuó Jaime—. Como que el arreglo no quedó bien hecho y esa rueda se fue frenada hasta que se incendió con la fricción. Y como era una de las llantas del cabezote, el calor subió hasta el motor. El conductor intentó apagarla, pero nada. Con el extintor redujo la llama, pero ya estaba demasiado caliente el metal.

Este güevón no llevaba ni una hora de camino. Valiente arreglo.

Empezó a darle indicaciones a Jaime sobre cómo manejar la situación, a quién llamar, qué hacer, cuando le cayó encima, como

rayo, otro recuerdo. Solamente atinó a decirle que lo volvería a llamar en cinco minutos. *Mierda, mierda, mierda.*

En esa tractomula van los químicos.

Completó la visión de sí con la imagen de Jaime diciéndole: “Jefe, yo ya cuadré con los muchachos, es mejor no ponernos a descargar”. Eso significaba que al interior tenían la mercancía organizada con la particular disposición que usaban para transportar los oxidantes con los inflamables: el peróxido al fondo, en la contracabina, envuelto en bolsas negras; luego telas, cascos, bicicletas, partes de motos; y en la cola, al lado de la puerta del tráiler, los cuñetes de pintura.

Se dio unas cachetadas suaves esperando despertar de una pesadilla, pero nada pasó, solo unos ojos enrojecidos y separados por un ceño muy fruncido devolviéndole la mirada en el espejo del baño, donde se había quedado petrificado.

Tantas veces lo habían hecho sin problema. Era una estupidez mandar dos camiones para el mismo trayecto, un gasto innecesario de dinero. Además, el cliente estaba respirándole en la nuca. Si esperara a hacer todos los despachos de oxidantes los miércoles, como decía el protocolo, ¿qué se supone que debería hacer con la gente que no quiere esperar a la otra semana para que le despachen su mercancía? Además, era improbable que entraran en contacto, por algo los ponían distantes. Con tal de que no hubiera filtraciones, nada pasaba y nadie se enteraba. Ocultaban las hojas de seguridad con las restricciones y solamente al momento de la entrega las grapaban a la guía de carga, de modo que ni siquiera tenían inconvenientes si los detenía la policía. ¿Y si en esta ocasión, por algún motivo, entraran

en contacto? ¿Si se supiera que estaban ahí los químicos?

Temblaba y una opresión en el pecho casi le impedía respirar. Logró caminar hasta la habitación y sentarse en su cama, las luces ya todas encendidas. Cogió una moneda, lo primero que encontró en la mesa de noche para intentar calmar los nervios. Se percató de que en medio de la angustia no había preguntado lo suficiente y llamó a Jaime de nuevo, una mano agarrando el celular mientras la otra hacía pasar la moneda de un dedo a otro como si bajara unas escaleras.

—Jaime, ¿el conductor está bien?

—Sí, jefe, paró al borde de la carretera, trató de apagar la llanta y cuando vio que no se apagaba, llamó a los bomberos. Ya hablamos con la aseguradora.

—¿La aseguradora?

—Sí, la aseguradora. —El supervisor detectó el cambio en la voz de Diego y empezó a excusarse—. Como el fuego empezó por lo de la llanta, no tuvo nada que ver con los químicos...

—Shhh, Jaime. Espérese. ¿Está solo?

—Sí.

—¿Todavía hay manera de entrar?

—Jefe, ahí no hay como entrar. Si quiere le reenvío una foto que me mandó el conductor.

En la imagen se veía la tractomula abrasada por las llamas: cabezote, trompo y contracabina al rojo vivo, densas nubes negras elevándose hacia el cielo. El fuego, sin duda, había iniciado devorando la parte

frontal y se abría camino por el tráiler. La cola todavía estaba fuera del alcance de las llamas. Se distinguía que se había orillado hacia una ladera, en la foto casi completamente oculta entre la humareda, y también víctima del fuego.

—Jaime, ¿entonces los químicos siguen adentro?

—Toda la mercancía está ahí.

—¿Ya habló con los muchachos que cargaron? ¿Dónde pusieron los oxidantes?

—Jefe, en la contracabina.

—¿Y los inflamables? ¿Dejaron los siete metros?

—Eh, pues sí...

—Jaime, dígame la verdad.

—Están como a un metro de distancia, les pusieron dos filas de llantas de bicicleta de separación.

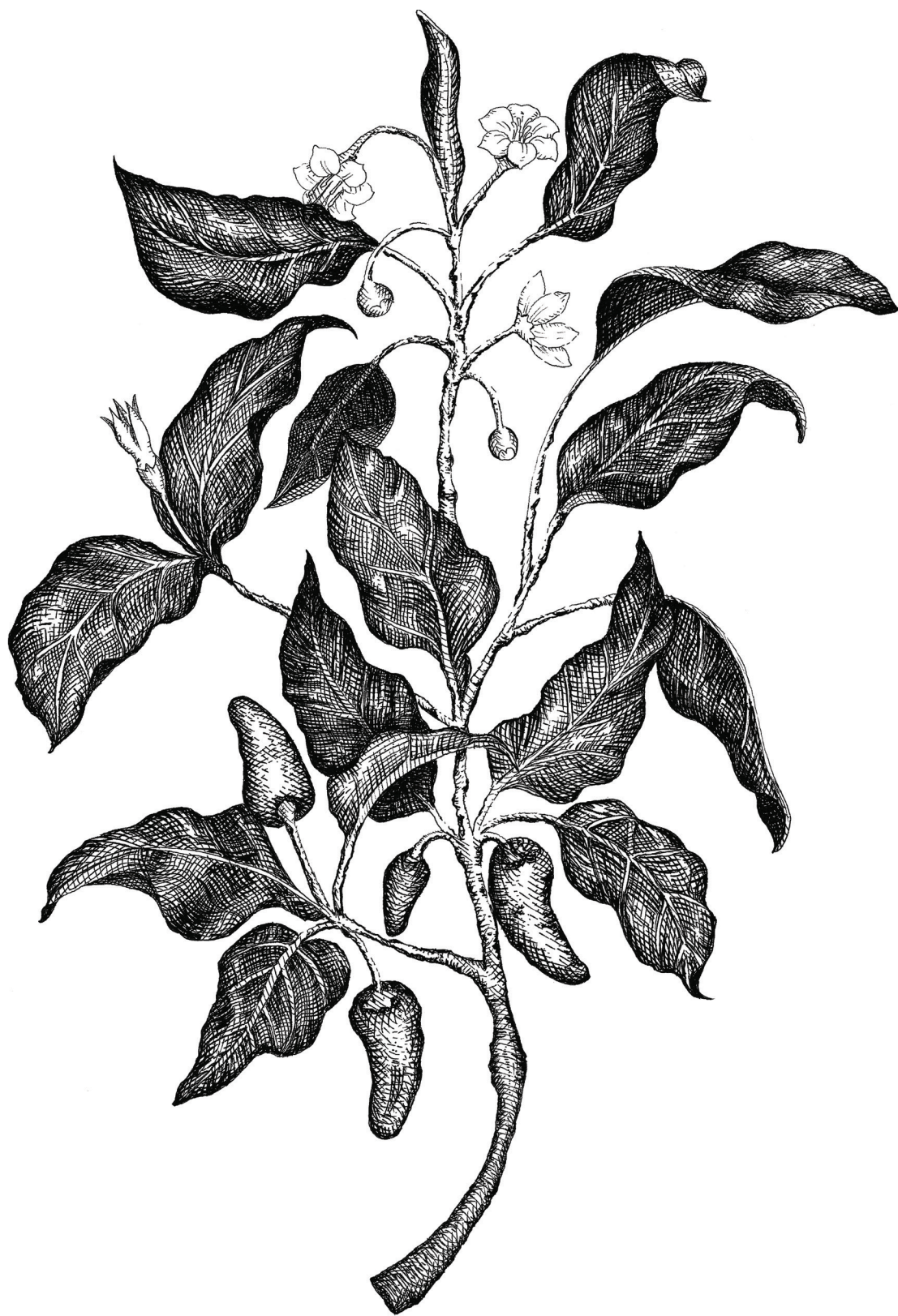
—Grandísimos hijue... ¿Y entonces por qué putas llamó a la aseguradora?

—¿Como así?

—¿Usted es que es güevón? ¿No se da cuenta de que si la aseguradora se entera de que estábamos transportando esos químicos juntos no nos van a pagar nada?

—¡Pero el fuego empezó en la llanta!

—¿Y usted cree que eso va a ser excusa si reaccionan los químicos y, aparte de incendiarse, esa mula explota? Sabe qué, Jaime, no me joda. —Y colgó.



Subió las manos por toda la cara, oprimió con fuerza los dedos en el entrecejo, los escurrió por las cejas hasta llegar a la sien, donde hizo pequeños círculos tratando en vano de ahuyentar las imágenes de los bomberos intentando apagar el fuego y siendo atravesados de repente por proyectiles de metal. Las manos siguieron su camino frente arriba y de ahí por toda la curvatura del cráneo hasta anclarse en el cuello.

Lanzó la moneda al aire, haciéndola girar sobre su eje, para volverla a atrapar en la palma de la mano derecha y descubrirla sobre el dorso de la izquierda. Sello. Qué hacer, qué orden dar. Cara ¿Había alguna forma de mitigar el daño o al menos evitar algo peor? Cara. Podía contactar al cuerpo de bomberos, informar el tema de los químicos para que supieran cómo apagar el fuego. Cara de nuevo. No es lo mismo un incendio provocado por materiales como madera o plástico que por gases o líquidos inflamables. Y mucho menos mezclados con oxidantes. Sello. Podría prevenir algo peor —algo mucho peor, pero hipotético— a costa de reconocer ante toda la empresa que él, justamente él, proyectado para asumir la vacante en la junta directiva, había omitido los protocolos de seguridad. Por su culpa perderían cientos de millones de pesos entre el vehículo y los productos, o incluso miles de millones, si se dañaba la relación comercial con los clientes, más la sanción que les pondrían. Al menos cuatro personas perderían su trabajo y su incompetencia quedaría tallada en piedra. Sello. ¿Por qué tenía que pasar esto hoy?

La vida siempre se había sentido como estar eximido del examen final. La seguridad arrolladora de que ganaría, incluso antes de la prueba, había sido la clave de su éxito. Una confianza excesiva en sí mismo. A

él nunca le ocurrían esas cosas. Él era un hombre con suerte. El tipo de persona que demuestra que las reglas están hechas para romperse, que quienes siguen las normas al pie de la letra son tontos que no saben aprovecharse de las circunstancias.

La ilusión de estar exento se le fue escapando de las manos como un puñado de arena. Ahora estaba juagado, no solo en sudor, sino con un baldado de humildad. Su arrogancia podría costar vidas.

Con una extraña sensación de duda miró la moneda en su mano: cara, informar a los bomberos de los químicos; sello, que Jaime se calle la boca y esperar lo mejor. No sucedió como en las películas, fue cuestión de un instante para que levantara la mano derecha y se descubriera el resultado: sello. Sin darse tiempo para rebatir la elección de la moneda, le marcó al supervisor:

—Jaime, no se le ocurra decir nada. —Lanzó las palabras de golpe y luego pensó que más le valía un poco de cautela—. Usted mismo lo dijo. Discúlpeme, hermano, estaba muy alterado. El fuego empezó en la llanta, el problema no tiene nada que ver con lo otro, si nos ponemos a mencionarlo lo único que vamos a hacer es sembrar pánico y nada peor que el pánico en un accidente, ¿cierto?

—Pues sí, jefe. Igual es cosa suya, o sea, no es por nada, pero usted fue el que dio la orden de que saliera con el daño, de que pudiéramos los...

—Jaime, usted cálese y listo. Yo sé que fui quien dio la orden, pero a usted tampoco le conviene que haya enredos, ¿o no, Supervisor? —dijo, acentuando cada una de las sílabas.

—Sí, señor Coor-di-na-dor.

Encendió el computador, abrió cada red social y buscó publicaciones sobre accidentes ocurridos en la salida de la ciudad, por la autopista Medellín-Bogotá. Actualizó cada treinta segundos los buscadores a la espera de cualquier noticia. Se bañó y a los pocos minutos estuvo de nuevo empapado en sudor. Trató de comer algo. Después de vomitar el primer intento de desayuno, decidió pasar la mañana en ayunas. Recibía mensajes cada cierto tiempo, informándole del avance del fuego, ninguna garantía. En ese limbo, el peso del tiempo se acumuló en su pecho y aunque sentía que había tenido absoluta consciencia de cada segundo transcurrido en la espera, cuando menos pensó eran las nueve de la mañana.

Jaime lo llamó de nuevo. Le informó, en un tono seco y burocrático, que la decisión tomada por el cuerpo de bomberos había sido dejar arder la tractomula. Era imposible apagar el fuego, así que más bien dejaron que las llamas devoraran el vehículo y se ocuparon de contener la propagación del incendio hacia la colina adyacente. Con todo, lo que antes era una ladera llena de arbustos y árboles, ahora no era más que una gran mancha negra.

—Por la forma en se prendió, desde la cabina hacia la cola, lo que estaba más cerca del motor se consumió primero. La mercancía se quemó a velocidades diferentes, ¿entiende lo que le quiero decir? —Jaime pausó un momento para darle tiempo a Diego de procesar lo que implicaba y continuó—. La mula está carbonizada, ya no se ven llamas, pero la temperatura sigue siendo muy elevada. Tienen que hacer algo para emparejar el calor y ver si logran apagarla del todo. Los bomberos preguntan que qué teníamos



Maria Clara Jaramillo. *Maíz*. Rapidógrafo sobre papel.
28 x 21 cm. 2024

ahí adentro, que eso no se apaga con nada y que le quieren meter la uña de una retroexcavadora, a ver si mezclando la mercancía son capaces de bajarle al calor. Usted dirá.

Hizo cálculos en silencio. Las hojas de seguridad ya tienen que estar quemadas. Los bomberos no tienen cómo saber qué iba a ahí, a menos que yo les diga que no metan la uña. Es improbable que después de todo este tiempo los químicos no se hayan consumido, en teoría ya no habría peligro, pero donde metan esa uña, revuelvan todo y ahí sí se explote esa mierda.

—Jefe, dígame pues qué les digo.

—Que metan la uña.

Toda la tensión acumulada durante las horas de espera empezó a drenarse por los

ojos, mientras apoyaba los codos contra los muslos y se tapaba el rostro con las manos.

—Como mande, jefe.

Lloró uno de esos llantos que salen de lo profundo, como un grito del alma, y que no pueden frenarse a fuerza de voluntad: una presa perforada. Jueputa, qué hice. Las lágrimas no pararon, ni siquiera al recibir el mensaje de Jaime, la confirmación definitiva del éxito. «Ya la metieron, todo OK».

Recobró la posesión de su cuerpo, se levantó y se encontró una vez más con un rostro ajeno en el espejo. Tenía los labios rojos y resecos, las manos en sus mejillas se sintieron heladas en contraste con el rostro febril y húmedo. Se metió a la ducha y dejó que el agua fresca lo golpeara directamente en la cara, camuflando las lágrimas; aun así, el fuego que le manaba del pecho no disminuía.

Siguió minuto a minuto las declaraciones, reportajes y entrevistas. Los delegados de la empresa insistían ante las cámaras en el compromiso de reforzar el mantenimiento de la flota y mejorar la capacitación del personal para el manejo de emergencias. Con las horas y la intervención de la uña, la tractomula fue definitivamente apagándose. Para las seis de la tarde le informaron que los empleados que mandaron de la empresa ya habían podido montarse y empezado a inspeccionar el interior. No había rastro de nada, la tractomula era un esqueleto de metal relleno de escombros. Absolutamente ninguna mención al tema de los químicos. Nadie más que Jaime, Diego y los muchachos que habían cargado la mula, acostumbrados a olvidar pequeños detalles por no tan pequeñas sumas de dinero, lo supo. Cero muertos, cero heridos. Un milagro.

Diego le pidió a Jaime que se encargara de las conversaciones con la aseguradora y esa misma noche recibió las buenas noticias:

—Jefe, usted no me va a creer lo bien que nos salió todo. No tuve ningún problema con los clientes. Les di una buena aceitadita y quedaron hasta lo más de contentos. Y con la aseguradora, goleamos. Nos cubrieron el cien de la mula y el setenta y cinco de la mercancía.

En el silencio de la línea vacía, una aparente quietud se apoderó del ambiente. No se escuchaba un murmullo, los sonidos de la calle y de los vecinos eran un ruido blanco, telón de fondo de los pensamientos. ¿Y este hijueputa quién se cree para venir a hablarme como si nada hubiera pasado?

Sentado en la cama, la espalda recostada contra la cabecera y los brazos cruzados, inmóvil y aún víctima de una sensación febril que los antipiréticos no eliminaban, vio la habitación llenarse de sombras. Por pura costumbre, extendió los brazos para cerrar la persiana y los volvió a entrecruzar. Con los fantasmas merodeando, resistiéndose al sueño y al olvido, los ojos inyectados en sangre detectaron minuto a minuto el paso del tiempo filtrándose por la rendija. La penumbra de la noche cedió paso a la claridad de un nuevo día.

Ana Catalina Córdoba Arango es psicóloga, máster en Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid. Este cuento hace parte del libro *Biografía de una idea y otros relatos* publicado por © Esdrújula Ediciones y la Universidad de Granada en 2024. Pertenece al taller de escritores de Juan Diego Mejía.